

que aspira a algo más que a resolver acertijos por medio de técnicas formales más y más sutiles. Desde este proyecto, la filosofía analítica sigue pareciendo incurablemente trivial, en el mejor de los casos, y peligrosamente idiotizadora, en el peor.

Consciente de que, con frecuencia, algunos conspicuos analíticos pasan en sus minuciosos análisis del rigor a la esclerosis, Ferrater propone el siguiente criterio para descubrir dicho indeseable tránsito: «Hay esclerosis cuando, al tiempo que se va angostando el alcance del tema a tratar, se van multiplicando las nociones, los principios y las distinciones». Parece, sin duda, un excelente criterio, que suscribo sin vacilar; pero Ferrater lo declara algo «sospechoso» si se considera el criterio complementario y concomitante, a saber: «Se evita la esclerosis cuando, al tiempo que se va ampliando el alcance del tema a tratar, se va reduciendo el número de nociones, principios y distinciones». «Del cual se siguen conclusiones disparatadas», añade Ferrater. No tanto, no tanto: después de todo, esa fue la forma de filosofar de Parménides, Lucrecio, Spinoza, Hegel y Schopenhauer; a todos ellos les veo más lejos de la estéril esclerosis que a Stawson o Gilbert Ryle. ■ **FERRATER SAVATER.**

Primer coloquio de literatura comparada

«No hay duda que la Literatura Comparada implica la superación, convencidísima y algo militante, de todo nacionalismo cultural (por ejemplo, en España de lo que llamaba Leo Spitzer *der spanische Hispanozentrismus*, el hispanocentrismo español, tan tentador y frecuente en el terreno de las Humanidades). Estas palabras pertenecientes al discurso inaugural de Claudio Guillén expresan bien

algunas de las intenciones que han tenido los organizadores de este Primer Coloquio de Literatura Comparada (Colegio M. Jaime del Amo, Madrid).

La importancia de este primer coloquio, que quiso ser eso precisamente, un esfuerzo expreso de escuchar a los demás para luego interrogarse mutuamente y llegar a pensar juntos, ha puesto de manifiesto, por otro lado, el vacío que existe a nivel institucional académico de esta, llamémosla disciplina, en nuestra Universidad. No así a nivel de investigadores, que estuvieron presentes con muy importantes comunicaciones.

En este Congreso se ha acentuado a) La teoría de la literatura. En este caso, las ponencias de Lázaro Carreter sobre los géneros literarios, de Alarcos Llorach sobre lo poético de la poesía con respecto a los estratos de la lengua, de Carlos Bousoño sobre un aspecto de la poesía tradicional: «la fe en la literalidad», de Jorge Urrutia sobre las relaciones entre estructuras literarias y cinematográficas; las de Antonio Prieto y Claudio Guillén sobre las diferencias entre el concepto tradicional de forma artística y la estructura de los estructuralistas franceses. Cesare Segre hizo su comunicación sobre la historicidad de las estructuras poéticas. Joaquín Casaldueño puso de manifiesto su concepto de forma literaria al analizar brevemente y magistralmente el Guzmán de Alfarache. b) La consideración de órdenes y fenómenos internacionales, en la práctica, sobre todo de ciertos géneros literarios. Francisco Rico, en torno a Petrarca sobre «la primera persona como género literario», la comparatista checa trasladada al Canadá Eva Kushner sobre el diálogo en el Renacimiento, la comunicación de Roger Bauer (Munich) sobre el tema de la decadencia en la literatura del XIX, expresada a través de un regreso al rococó, a Watteau y

a distintos temas del XVIII, y una comunicación sugestiva de Margarita Smerdou Altolaguirre sobre un motivo literario internacional, el «engaño a los ojos» (como en el *Retablo de las maravillas*).

Marcel Bataillon había presentado los coloquios con un discurso en que trató de la Literatura Comparada en general en Europa, así como de la ausencia aquí, hasta hace poco, del estudio de las literaturas extranjeras. Dijo:

«Este primer coloquio de L. C. podría ser expresión de una esperanza de que sigan otros en años venideros. Me atrevo a interpretar este objetivo primero en su sentido más absoluto, para dar valor de cosa nueva, de un advenimiento español en el campo del llamado comparatismo, ya que en España es reciente la tradición de estos estudios, debido a la ignorancia de lenguas extranjeras (fundamentalmente en el terreno comparatista), y a la tendencia de los propios españoles a limitar su campo de investigación al terreno nacional debido a lo que definió Unamuno con la palabra *casticismo*».

Contribuyeron de una manera decisiva el ambiente auténticamente internacional los comparatistas venidos del extranjero: Cesare Segre, profesor de Pavia, filólogo eminente y también teórico de la literatura; Eva Kushner, checa, profesora en Ottawa, conocedora de las literaturas del Renacimiento; Roger Bauer, profesor en Munich; Zoran Konstantinovich, yugoslavo, catedrático en Innsbruck, y otros. Se leyeron también las ponencias del húngaro Söter y Etienneble (primer comparatista de Francia), que trató de las traducciones del *haiku* a las lenguas indoeuropeas; hecho importante puesto que ha de ser decisivo e incluyente para el futuro de esta clase de estudios el acercamiento a las literaturas orientales más ricas y distantes de las nuestras.

VALENCIA, ESCALANTE Y TEATRO

La polémica suscitada por el comentario de José Monleón a la representación de un sainete de Escalante por el grupo El Rogie (ver TRIUNFO núm. 601, pág. 65), ha desencadenado la presencia de una serie de cartas que agradecemos por igual. Teniendo en cuenta que la publicación de todas ellas desborda unos límites razonables de espacio, optamos por resumir el tema. Consideradas en su conjunto, nos encontramos con lo siguiente:

A) Que intentan abordar un problema de fondo: la realidad cultural valenciana, con la puesta en cuestión incluso de elementos que deben ser analizados para poder llegar a una definición de aquella.

B) Que tal investigación, que nos parece de gran importancia, se encuentra en cierto modo limitada por el punto de arranque impuesto por los términos de la polémica. El análisis se ve forzado a detenerse en puntos secundarios o irrelevantes.

Por ello, y sin perjuicio de reconocer el interés del espectáculo de Escalante, al que asistieron, según nos comunica el Valencia Cinema, un total de 3.057 espectadores, consideramos que procede replantear el tema sobre supuestos más amplios y más significativos.

Tomamos, pues, buena nota de cuanto sugieren las cartas recibidas hasta ahora y prometemos abordar, en futura ocasión y con la sistemática adecuada, el tema de la cultura valenciana y de los procesos históricos que la han conducido al punto en que se encuentra. ■

La tragedia de los vencidos en 1939

Se está produciendo un gran desbloqueo de información y testimonios de la guerra civil. No es demasiado pronto, si se tiene en cuenta la importancia de un conocimiento lo más exacto posible de un fragmento de nuestra Historia especialmente significativo para todas las generaciones coexistentes en nuestro país —las que conocieron o las que no conocieron la guerra—; bien venido sea. Podremos asistir en los próximos tiempos a una verdadera inflación de libros sobre el tema y de las opiniones más dispares. Es una premisa necesaria esta de la abundancia de información y de la disparidad de opiniones. Una inflación de la que no debemos quejarnos.

Entre los libros más recientemente publicados, destaca mucho «El año de la victoria», del periodista Eduardo de Guzmán, que fue redactor de «La Tierra» y de «La Libertad», y que dirigió el periódico libertario «Castilla Libre». En un libro anterior, «La muerte de la espe-



ranza», había relatado sus experiencias personales —enormemente interesantes por su doble condición de periodista y militante— de dos días claves: el primero y el último de la guerra. Puede considerarse que «El año de la victoria» —G. del Toro, editor. Madrid, 1974— es una continuación del anterior, en cuanto relata su larga y trágica aventura a partir del momento en que salió del puerto de Alicante —donde, en unión de algunos millares de personas, había esperado en vano la llegada de navíos que les sacaran de España— hacia un campo de concentración.

Eduardo de Guzmán, con el estilo directo y claro propio de un periodista, y con una admirable limpieza de odio o de rencor, depurada su memoria personal de tantos sufrimientos por una neutralidad profesional, de reportero al mismo tiempo que de objeto del reportaje, no hurta ni esconde nada de lo que sucedió a aquellos que perdieron la guerra. Ni nombres, ni fechas, ni hechos. Y todo escrito con la frescura de quien relata algo que acaba de suceder; sin velos de literatura, sin excesos de decantación. Este modelo de reportajes es probablemente el libro más crudo de los que se han publicado hasta ahora en España, desde la óptica de los vencidos.

El largo silencio de Eduardo de Guzmán durante todos estos años se ha roto. Se están rompiendo muchos silencios en esta época, y es algo que debemos apuntar al activo de quien, como relator de la guerra civil y sus alejados históricos, no ha ocultado nunca sus puntos de vista, muy contrarios a los que exponen Eduardo de Guzmán y unos cuantos memorialistas de nuestros días: Ricardo de la Cierva, que desde la Dirección General de Cultura Popular está dirigiendo este desbloqueo de fondos testimoniales y documentales, como una iniciación a algo que puede ser enormemente importante si

prosigue, si no se desvirtúa: el conocimiento de unos hechos que pueden tener un valor preventivo y político; es decir, no solamente como referencia al pasado que describen, sino con respecto al futuro.

Esperemos que Eduardo de Guzmán no sea interrumpido en esta labor de memorialista y de documentalista, como ha hecho en «1930» (Tebas, ver TRIUNFO, núm. 602); tienen mucho que contar, mucho que decir. Y sabe cómo hacerlo. ■ H.

Teatro del argelino Kateb Yacine

Es lógico que, en el prólogo, Miguel Bilbao subraye cuanto hay en las obras de Yacine de exaltación de la independencia, de manifestación de la lucha de Argelia contra sus colonizadores. Los textos publicados —Colección Teatral de Cuadernos para el Diálogo— dan pie para ello y se inscriben, sin la menor duda, en el cuadro general de esa lucha. Pero, esto dicho, sospecho que «El círculo de las represalias» descansa en una serie de valores culturales y en una mitología que apenas si logramos rozar en la lectura.

En el prólogo se transcribe un amplio juicio de Edouard Glissant, prologuista a su vez de la edición francesa, en el que se dice, a propósito del teatro de Yacine, que «se trata, en el mejor sentido de la expresión, de un realismo poético». Simultáneamente, a lo largo de toda la introducción se señala la acertadamente que Yacine hace cuanto puede para zafarse de los modelos culturales de la colonización e intentar un teatro popular argelino.

Sentadas estas dos premisas, y siendo nosotros gentes formadas dentro de la tradición burguesa europea —es decir, la «colonizadora» de Argel—, nada más lógico que nuestra dificultad para entender ese realismo poético, cuyas no explícitas bases

vivenciales y míticas se nos escapan.

Esto ocurre, me parece, muy a menudo, cuando un europeo ha de enfrentarse con el teatro del Tercer Mundo. Puede establecerse, sin dificultad, una solidaridad o un rechazo ideológicos con tal o cual obra, un sentimiento de simpatía o antipatía en función de la posición del autor en las luchas de su comunidad. Tenemos, en fin, en la mano, una serie de argumentos inequívocos para interesarnos o desinteresarnos políticamente ante las distintas obras del Tercer Mundo. Ahora bien, salvada esta explicable categoría, ¿qué nos transmite o puede transmitirnos, si su poética se asienta en valores culturales y esquemas vivenciales que nos son ajenos? Aparece aquí una lógica impotencia que nuestra condición política intenta las más de las veces ocultar. Decir que uno está por los oprimidos, por los derechos de expresión de las culturas sojuzgadas y, a la vez, reconocer que se nos escapa buena parte de sus obras parece una contradicción que, por supuesto, no existe en absoluto.

En TRIUNFO he hablado alguna vez del desencanto producido en el último Festival de Nancy por espectáculos latinoamericanos seleccionados con la mejor intención política. En algún caso y en alguna medida, quizá eran, simplemente, malos, pero lo que fundamentalmente ocurría es que sus valores estéticos se derivaban de una realidad histórica y social distinta. Y sabido es —ésa es la historia del arte, su diversa manifestación según la época y circunstancia— que los valores estéticos, por abstractos y permanentes que a muchos parezcan, están siempre ligados a las contingencias de la sociedad.

Creo yo que éste puede ser un buen e inhabitual comentario de unas obras de Yacine. Declarar que pertenecen a otra tradición estética, a la que sólo superficialmente podemos acceder, máxime si, tra-

tándose de teatro, me he de conformar con la lectura. Y que en estas condiciones, aparte de asomarnos a los textos con el interés que provoca la cultura de un pueblo como el argelino, lo sensato es renunciar a cualquier juicio, y subrayar lo muy cuestionable de ese magisterialismo crítico que tantas veces, nos seguimos reservando ante el arte de mundos no sólo histórica y socialmente ajenos, sino agudamente rebeldes contra ese magisterialismo. ¿Cuándo comprenderemos que nuestros «gustos» no son otra cosa que el resultado de un proceso histórico y de clase? ¿Cuándo aceptaremos que no podemos ser jueces del arte de los pueblos que cuestionan ese proceso? El hecho —y este sería el nudo del problema— de que nosotros también lo cuestionemos, no resuelve el problema, porque el «realismo poético» no se alimenta sólo de argumentos, y nuestro transcurso está repleto de esos datos que, aun rechazados, constituyen el fondo inesquivable de nuestras referencias, de nuestro modo, por ejemplo, de concebir dramáticamente el tiempo y el espacio. Es seguro que el gracioso «desorden» dramático de «El polvo de la inteligencia», su magia de farsa infantil y de cuento de «Las Mil y Una Noches», tendrá en el espectador popular argelino unas resonancias, una intención y, quizá, una frescura de las que sólo nos llega una mínima e intelectualizada parte... ■ JOSE MONLEON.

Lenguaje infantil y afasia

En 1941, en plena guerra europea, se publicó en Upsala, en alemán, un libro titulado «Kindersprache, Aphasie und allgemeine Lautgesetze» («Lenguaje infantil, afasia y leyes fonéticas generales»). Su autor era un ruso nacido en Moscú en 1896 y llamado Roman Jakobson.

Cofundador y presi-

dente del Círculo Lingüístico de Moscú entre 1915 y 1920, Jakobson había desempeñado un importante papel en la gestación de la escuela de formalistas rusos. En 1920, se había establecido en la capital checa, donde, tras abandonar poco a poco las posiciones formalistas para acercarse al estructuralismo, había participado activamente en la fundación, en 1926, junto con otros dos rusos —Nikolaj Trounetzky y Serge Karcevskij— del famoso Círculo Lingüístico de Praga. En esta ciudad había publicado Jakobson, entre otros, dos trabajos de enorme importancia para el desarrollo de los estudios fonológicos: «Observaciones sobre la evolución fonológica del ruso» (1930) y «Observaciones sobre la clasificación fonológica de las consonantes». En esta última obra, que lleva la fecha de 1939, se encuentra ya esbozada la teoría de las oposiciones binarias, que tanta influencia iba a tener no sólo en el campo de la lingüística, sino, a través sobre todo de Lévi-Strauss, en los estudios estructuralistas en general.

A raíz de la invasión de Checoslovaquia por los nazis en 1939, Jakobson se había visto obligado a huir a los países escandinavos, y allí, concretamente en Suecia, es donde escribe su mencionada «Kindersprache...», cuya traducción, junto a la de otros trabajos posteriores del mismo autor que vienen a ratificar, con algunas restricciones y matizaciones, las tesis principales sostenidas en aquella obra, acaba de ver la luz en España (1).

En «Lenguaje infantil, afasia...», Jakobson postula como tesis fundamental la existencia de un estrecho paralelismo entre el ritmo de la adquisición del lenguaje por el niño y el de su disolución en los individuos afectados de algún tipo de afasia. El aprendizaje del sistema y su disolución siguen

(1) Editorial Ayuso. Traducción: Esther Benítez.

un orden estrictamente inverso —más tarde, Jakobson matizará esta idea—, y es posible establecer las leyes generales —o, como dice Jakobson más modestamente, que «tenden a ser generales»— subyacentes a ambos procesos.

Basándose, por un lado, en su propia teoría, desarrollada a partir de los «Grundzüge» de Troubetzkoy, según la cual todos los rasgos pertinentes que pueden darse en la totalidad de las lenguas que se hablan en el mundo caben dentro de doce categorías, así como en el estudio del lenguaje infantil, del habla de individuos afásicos y del sistema fonético de lenguas diversas, Jakobson ha demostrado que ciertas oposiciones fonológicas extremas —entre vocales y consonantes oclusivas o entre vocales con apertura máxima y cierre máximo— son las más generales, se dan en todas las lenguas y son las primeras que adquiere el niño. Por el contrario, otras distinciones, tales como las que existen entre sonoras y sordas o entre dentales y velares, son más sutiles, no aparecen más que en ciertas lenguas y son, en cualquier caso, de adquisición más tardía. Estas últimas, menos estables que aquellas, son las primeras que pierde el individuo afásico.

En trabajos posteriores publicados en Gran Bretaña o en Estados Unidos, donde vive y enseña (Massachusetts Institute of Technology, Universidad de Harvard) desde 1942, Roman Jakobson lleva más lejos su intento de analizar los mecanismos generales del lenguaje e intenta aplicar al sistema gramatical sus investigaciones sobre el orden de adquisición y pérdida del lenguaje. Jakobson afirma que el lenguaje patológico se debe a un trastorno de la facultad de selección en el individuo (trastorno de la semejanza) o de la capacidad de combinación (trastorno de la contigüedad). A este respecto, elabora el lingüista